

ben, con el gusto con que le entregan el absoluto dominio de sus haciendas y de sus vidas, y con las lágrimas que derraman al despedirse. Bien acredita Vicente su fino amor con las ansias que enfermo en Vanez tiene, con los esfuerzos que hace por volver á morir en Valencia.

Dígase pues que fué Roma ingrata con los Escipiones, Cartago con los Aníbal, Atenas con los Aristides, Judea con sus profetas y con Jesucristo; pero no se diga que fué ingrata Valencia con Vicente. La gloria que no logró Cristo en Judea, la concedió á Vicente en su patria, ó para premio, ó para prueba de su humildad. Él mismo confesó que este fué el mas fiero asalto que le dió la vanidad, por aquellas palabras: *Va, y viene*; pero él mismo nos aseguró de su resistencia, por las otras: *Aunque por la gracia de Dios, no se detiene*. ¿No habeis visto cuando el mar en una tempestad se abre en calles, y el bajel que corre tormenta, ya sube á encallar en las nubes, ya baja á estrellarse en las arenas? Pues así la vida de Vicente fué un mar siempre tempestuoso, en que las olas de los aplausos se seguian unas á otras, y entre ellas se sepultaba nuestro santo en los abismos de la nada, traído de la consideracion de su frágil naturaleza, para despues dejarse ver en la cumbre de la gloria.

En semejantes borrascas unos no escarmientan, sino que muy satisfechos de sí mismos, por su propio capricho se engolfan mas en el mar de las glorias del mundo, sin reparar en lo débil de sus virtudes; y naufragan en castigo de su temeraria presuncion: otros se acobardan tanto, que por desconfiados, dan en el extremo de la pusilanimidad: muchos de estos pasan plaza de humildes, y no son sino viles y pusilánimes; creen que Dios les premiará su retiro, su inaccion ó su pereza, sin advertir que merecen el mismo severo castigo que dió el Padre de familias al siervo del Evangelio, por haber escondido en la tierra el caudal que le fió, para que le empleara en beneficio suyo y del prójimo, y para mayor gloria de su dueño. Nadie debe fiarse en sus fuerzas, pero ménos debe hacer inútiles los dones con que le ha enriquecido el cielo. De estos dos extremos igualmente viciosos nos libran las virtudes de la humildad y magnanimidad, que aunque parecen opuestas, están tan hermanadas, que hubo quien dudó si una sola bastaba á contenernos entre lo vano y apocado. La magnanimidad, segun enseña santo Tomas, alienta á merecer y admitir los honores

proporcionados al mérito, y no se halla sino en los muy virtuosos: *Solum competit magnis virtuosis*: porque reside en un ánimo sereno, superior, y desprendido de viles y terrenos afectos.

Esta virtud llegó en Vicente á aquel supremo y heróico grado en que, en sentir del mismo angélico Doctor, pasan las virtudes á ser dones del Espíritu santo: y sucede cuando ya no se gobierna el hombre por las leyes ordinarias de la razon, sino por divino superior instinto. Por eso al modo que en algunos cristianos de los primeros siglos de la iglesia, el esperar constantes el martirio, presentarse ante el tirano y arrojarse en las hogueras, se atribuía al don de fortaleza; así tambien el haber nuestro santo no solo admitido, sino deseado los honores que habeis oído, se debe atribuir al don de magnanimidad. Porque ¿son los aplausos ménos tiranos enemigos de la humildad que los Neronos y Dioclecianos de la vida? ¿Interesaba mas la gloria de Dios en la intrepidez con que aquellos héroes buscaban el martirio, que en la animosidad con que nuestro santo apetecia los aplausos? Todos los dirigia la magnanimidad de Vicente á la mayor gloria de Dios, y en su obsequio padecia su humildad un martirio. Bien lo manifestó al entrar en esta ciudad la modestia de su semblante y el temblor de todo su cuerpo. Bien lo publicaron las voces con que entre los victores del pueblo clamaba afligido con el real Profeta (1): *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. Ceda todo, Señor, en mayor gloria de tu nombre. Se consideraba Vicente legado á látere y plenipotenciario de Cristo para tratar las paces entre Dios y los hombres; y por su carácter no podia excusar aquellos honores en que se interesaba la gloria de su soberano; pero apénas cumplia con las funciones públicas de su ministerio, apénas se desnudaba aquel traje de majestad, se recogia á su celda, y postrado á los piés de un crucifijo se aniquilaba en su presencia, temia no quedara en su corazon algun apego á la vanagloria, y buscaba como el penitente rey la humildad entre los ayunos y mortificaciones: *Humiliabam in jejunio animam meam* (2). Se miraba entónces como pecador, vestido de rebeldes infames pasiones, y las domaba con el azote de la mas áspera penitencia, como veréis en mi

(1) *Psalm. 113. v. 1.* (2) *Psalm. 34. v. 13.*

PARTE SEGUNDA.

Entre todas las virtudes escogió el real profeta David la humildad y la penitencia para ofrecer á Dios un sacrificio. No buscó como en los solemnes sacrificios de la ley antigua, la caridad en lo tierno, ó la pureza en lo cándido de la víctima, sino que echó mano de un corazón cárdeno por la penitencia y amortiguado por la humildad, asegurándonos que no puede dejar de ser acepto á Dios el sacrificio de un corazón humilde y penitente: *Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet* (1). Pero no nos dijo qué tierra produce estas víctimas tan agradables á Dios. ¿Por ventura se encontrarán en el estéril país de los pecadores, que obstinados ni benefician la lluvia de las divinas gracias, ni producen frutos de penitencia? ¿Acaso se hallarán entre aquellos que sin incomodarse ni hacerse violencia creen satisfacer sus pecados con los ejercicios de una tibia piedad? ¿Entre aquellos que hechos á las delicias y á los regalos, se horrorizan de oír el nombre de penitencia; la destierran de las ciudades, é infamemente sin pensarlo renuncian á favor de los anacoretas el derecho que penitentes tendrían al reino de los cielos?

Si hubiéramos de tomar el consejo que estos nos dan, era preciso entrar en los desiertos, para encontrar en el Bautista, en Pablo, en Antonio ó en sus discípulos un corazón humilde y penitente. Pero en verdad no es menester, oyentes míos. Porque para su desengaño, para vuestro ejemplo y para mayor maravilla, vereis en el jardín del mundo entre flores y suavidades, los abrojos y las espinas de la penitencia. Vereis en los claustros y en los palacios á nuestro santo penitente. Apenas vistió el sagrado hábito de Domingo, comenzó á atormentar su cuerpo con tan ásperas penitencias, que llegó á asustar al demonio, no ménos que Antonio desde la Tebaida. «¿Quién es «este jóven?, decía el maligno espíritu. ¿No bien acaba de «pronunciar los votos de religion y ya es profeso ó consumado «en todo género de virtudes? ¿Ya desde ahora se propone por «ejemplar á su patriarca, para hacerme tan cruel guerra como «aquel invicto batallador de la iglesia? ¿Ya pretende con el

(1) *Psalm.* 50. v. 15.

«ejemplo introducir la reforma en los claustros? Cuando la «peste de este siglo décimocuarto ha quitado la vida de la «mayor parte de los hombres y el vigor á las leyes eclesiásticas, y ha secularizado, digámoslo así, las religiones mas austeras, dejándolas solamente con la sombra y con la apariencia ¿quiere restituir la antigua observancia? No. No ha de «permitirlo mi soberanía: he de desvanecer esta tempestad «que amaga contra mi imperio: he de rendir á este jóven por «sorpresa.» Dijo el demonio; y disfrazado de ermitaño entró en su celda á persuadirle que mitigara los rigores de la penitencia, que no ajara la tierna flor de su edad, que diera al tiempo lo que es del tiempo, que guardara la mortificación para los últimos años de su vida, que pasara la juventud entre comodidades y regalos, que despues de haber naufragado en las culpas podia asirse de la tabla de la penitencia.

¡O cuántos en el mundo hablan este lenguaje del demonio! ¡Oh y cuántos jóvenes dejándose persuadir de razones tan halagüeñas difieren la penitencia, y mueren impenitentes! Por cierto que no imitan á nuestro santo, que luego que oyó al demonio, por mas que le viera con la máscara de padre del yermo, le tuvo por padre de la mentira, y en lugar de crearle hizo entónces el propósito de doblar y de no interrumpir jamas la penitencia. Aun en los palacios de los mayores príncipes fué tan abstinentemente como Daniel en el de Nabuco. Pues si alguna vez condescendiendo á sus ruegos, se sentó á comer en su compañía, fué protestando ántes como aquel profeta, que no habian de darle sino un plato de legumbres. Y en todo el discurso de su vida, sano ó enfermo, no comió otra cosa que un plato de legumbres al día; llegando con esto á serle tan connatural el ayuno, que lo mismo fué darle con engaño la duquesa de Bretaña, su enfermera, una taza de caldo, que darle un veneno.

Y fué, señores, igual á la mortificación del gusto, la de todos sus sentidos. ¿No llevó siempre su cuerpo ceñido con ásperos cilicios? ¿No fué su cama el suelo, su almohada una piedra, ó por gran descanso la sagrada Biblia? ¿No fué su sueño tan moderado que siempre se levantó á media noche á rezar maitines, empleando lo restante hasta la mañana en la oración ó en el estudio? ¿Y á los ayunos y á las vigiliass no añadió todos los días, no una ni dos, sino muchas sangrientas disciplinas? Yo discurro que el corazón de Vicente, oro finísimo por

su caridad, se labró al golpe de los azotes vaso escogido del Señor, para llevar y difundir como Pablo por todo el occidente el suavísimo óleo de la santidad.

¿Qué impresion harían en todos las palabras con que les predicaba penitencia, después de haber con ella castigado su cuerpo como el Apóstol? (1) *Castigo corpus meum*. ¿Qué corazón obstinado podría resistir á la eficacia de su persuasión? ¿Qué mucho que según nos refiere el santo, fuesen en cierta ocasión setenta mil los arrepentidos, siendo setenta mil los oyentes, si á más de la fuerza de su ejemplo, no se oían de su boca discursos que movieran á risa, ó causaran una admiración estéril, sino ayes, lamentos, declamaciones contra el pecado, y amenazas de la divina Justicia? Conocía muy bien Vicente que en el villano corazón de los hombres no hace tanta impresión el amor de la divina bondad, como el temor del castigo ó la esperanza del premio; por eso siempre les proponía á Dios ofendido, irritado juez de sus delitos. Y esto con tal energía, que unos creían hallarse ya delante del tribunal del juicio, otros entre los temblores de su cuerpo pensaban que se abría la tierra para tragarlos.

Pero al mismo tiempo se condolía del infeliz estado de los pecadores, y llorando amargamente como si fuera uno de ellos, con sus lágrimas sacaba lágrimas de las mismas peñas. Entonces les decía lo mismo que Pablo á los corintios: Me alegro de veros tristes, porque vuestra tristeza nacida de vuestro arrepentimiento, es seguro pronóstico de la mayor alegría. Ea, alentaos: no desconfíeis de la divina misericordia. Yo os prometo que amanecerá en vuestras almas el sol de justicia, que serenando con su gracia la tempestad de vuestras conciencias, os dará aquella paz interior que no puede dar el mundo. De esta suerte templando el rigor con la dulzura, poseído del espíritu de penitencia, y adornado con la virtud de la afabilidad, reprendía los pecados y halagaba á los pecadores.

Hay en el mundo algunos que aspirando á ser Catones de la república, paran en ridículos é insufribles. Son fieras bajo el disfraz de penitentes: huyen de los hombres, y se hacen inhumanos: con el pretexto de reformarlos los persiguen: con austeridades indiscretas, haciendo odiosa é inaccesible la vir-

(1) *Ad Cor. c. 9. v. 27.*

tud, ántes transforman á los hombres en demonios por la desesperación, que en ángeles por la penitencia. Su conducta tiene gran parte de orgullo; no juzgan buenos, llaman malos á todos los que no son de su genio. Ellos bien pueden ser semejantes á la azucena del campo, con quien compara el Espíritu santo al alma justa: *sicut lilium inter spinas* (1); pero lo serán, no en lo agradable de la azucena, sino en lo áspero de las espinas que la circuyen. Hay otros, y son muchísimos, que estudian en la escuela del César, cómo captar el aura popular. Ambiciosos de la dignidad y de su conveniencia, por no disgustar á los poderosos, no los reprenden. Y cuando son notorias, enormes sus maldades, no pudiendo cohonestarlas, se ingenian por disminuirlas ó con el pretexto de la fragilidad ó con pudo ser que no lo advirtieran. ¡Qué engañosa política! ¡Qué vil condescendencia! Ay! me lamentaré con Isaías. ¡Ay de aquellos que llamáis bueno á lo malo! que endulzáis lo más amargo! que con el sobrecrito de afables y compasivos lisonjeáis el desordenado apetito de los hombres! *Vae qui dicitis malum bonum, ponentes dulce in amarum* (2).

Nuestro gran santo, señores, sin mezcla de estos vicios tuvo juntas las virtudes que admiró Roma divididas en Catón y César. Por eso fué tan bien visto y venerado de los nobles como de los plebeyos, de los justos como de los pecadores: supo ejercitar la virtud de la afabilidad, del mismo modo que lo aprendió en la suma teológica de su angélico maestro santo Tomás; ya alegrando á unos para alentarlos, ya entristeciendo á otros para corregirlos. Ganó la voluntad de todos conformándose con sus costumbres, pero no con sus defectos, sin ser altivo entre españoles, ligero entre franceses, astuto entre italianos, fiero entre ingleses, bárbaro entre alemanes, fué español, fué francés, fué italiano, fué inglés, fué alemán para cada una de estas naciones: fué, para decirlo con san Pablo (3), todo para todos, por salvar á todos.

Vierais que las señoras más delicadas, los príncipes más poderosos, los maestros más sabios deponían las galas, los adornos, las insignias para seguir á Vicente vestidos del saco y del cilicio: vierais que personas de todas clases formaban en su seguimiento una república vaga y penitente: no es de ad-

(1) *Cant. c. 2. v. 2.* (2) *Is. c. 5. v. 20.* (3) *I. Cor. c. 9. v. 22.*

mirar que al imperio de su voz obedecieran los elementos, los demonios, la enfermedad y la muerte; porque es mayor maravilla el que alumbrara Vicente los ciegos entendimientos de los herejes waldenses, que redujera á nuestra fe millares de pecadores. Es mayor maravilla que transformar las ciudades mas licenciosas en Tebaidas de penitentes.

¡O si renaciera Vicente al mundo, para que experimentarais en vosotros mismos los efectos maravillosos de su espíritu afable y penitente! ¡O si desde este púlpito, como en otro tiempo, os predicara humildad y penitencia! ¡Cómo arrojarais las galas profanas, insignias de vuestra vanidad! ¡Cómo os abrazarais con la cruz de la mortificacion en castigo de vuestras pasadas culpas!

Pero qué ¿las palabras de Vicente, aunque proferidas por mi torpe lengua, perdieron toda la fuerza que tuvieron en su boca? Qué ¿el diseño que os he dado de su humildad y penitencia no basta á moveros á la imitacion? Ay de mí! Malogróse mi trabajo, frustráronse mis deseos. Porque mi idea no fué otra que la de vuestro aprovechamiento; y á este fin os he referido las acciones que comprueban la humildad y penitencia de Vicente, con individualidad que habrá parecido nimia y fastidiosa á los que tienen el gusto muy delicado. Pero poco importa, como vosotros salgais de este templo humildes y penitentes; y debéis salir, á ménos que no degeneréis de devotos de san Vicente. ¿Le venerais por vuestro especial patrono? ¿Queréis venerarle de veras? Pues tened vergüenza, os diré con san Agustin, de venerar á quien no pensais imitar. Tened vergüenza de mezclaros con la tropa de tantos impíos que con su vanidad y disolucion insultan á Vicente en este dia. No salgais del templo ántes de ofrecer á Dios en obsequio de nuestro santo el sacrificio de vuestro espíritu atribulado con el conocimiento de vuestras culpas: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*. Mirando vuestra miseria y la gran majestad de Dios ofendido, postrados á los piés de Jesucristo, humillaos, compungios. Prometemos, Señor, resistir á los impulsos de la vanidad, sofocar los desahogos del apetito con la humildad y penitencia. ¡Vos airado contra mí! Me pesa de todo corazon: ¡Vos misericordioso conmigo! Os amo de todo corazon. Perdonadme, Señor, misericordia.

SERMON

DE SAN VICENTE FERRER.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Dedit illi scientiam sanctorum, honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.

El Señor le dió la ciencia de los santos, le sacó lleno de gloria en sus trabajos y le colmó de bendiciones.

Sabiduria, c. 10. v. 10.

Si hubiera de juzgar de san Vicente Ferrer como él juzgó de sí mismo; si no nos quedase otra pintura de su virtud que la que él nos hizo; si no hubiéramos de atenernos á otras palabras que á las suyas con respecto á su propia persona, en vano, hermanos míos, en vano nos reuniríamos hoy á oír su elogio con tanto regocijo y con una impaciencia tan santa como si fuera la primera vez que se anunciase sus grandes méritos y virtudes, que se han publicado por el espacio de cuatro siglos y siempre han sido oídas con placer. Yo no podría deciros otra cosa sino que por grande que fué delante de Dios y de los hombres, siempre fué pequeño y lleno de defectos á sus ojos; que mereció las mayores alabanzas, y jamas sufrió ninguna, ni se tuvo por acreedor á alguna; que tuvo á sus virtudes por defectuosas y á sus faltas por verdaderas y detestables; que todo el mundo le tuvo por santo, y que á él solo le pareció que no lo era. Ninguna cosa le parecía tan poco apreciable como la estimacion que se hacia de su persona. Toda cuanta gloria le resultó de parte de los hombres, le parecía vana, y la reputacion de su santidad y virtud sirvió de molestia á su virtud misma. No se complacia en los honores, temia siempre que se le alabase para